

# Abre los ojos

**A** menudo nuestros medios de comunicación me traen a la memoria la frase que en la película *Sopa de ganso* pronunciaba el personaje de Chico Marx (aunque vestido como si fuera Groucho): “¿A quién va usted a creer, a mí o a sus propios ojos?” Y es que con demasiada frecuencia los medios creen lo que les dicen sus fuentes, y desprecian lo que les dice (o debería decir) su sentido común e incluso literalmente *sus propios ojos*. Tenemos así que una virtud y un deber periodístico (deben publicarse *sólo* afirmaciones contrastadas y basadas en fuentes fiables, a poder ser múltiples) degenera en ocasiones en una indebida sumisión a las fuentes (pueden publicarse *todas* las afirmaciones que provengan de fuentes presuntamente fiables), renunciando el periodista a su propia responsabilidad y a su capacidad de juicio crítico para *contrastar* la información aportada por las fuentes

con la lógica, o con lo que él mismo puede observar directamente.

En el caso más extremo nos encontraríamos periodistas que se creerían exonerados de cualquier error, por absurdo que fuese, por el hecho de que éste viniera avalado por *las fuentes*. En cierta ocasión un periodista que había incurrido un error de bulto al interpretar una estadística, se defendía argumentando que él había preguntado sobre esas estadísticas (en su errónea lectura) a varias personas a las que había entrevistado mientras preparaba el reportaje y ninguna le había sacado de su error. El mensaje implícito era que él había cumplido con su obligación mencionando a los entrevistados la estadística y eran ellos los que no habían cumplido, por no darse cuenta ni advertirle de su confusión.

Desde que recopiló errores periodísticos he encontrado diversas variantes de este vicio de dar a las fuentes

**Josu Mezo** es profesor de la Universidad de Castilla-La Mancha y editor de *Malaprensa.com* (editor@malaprensa.com).


tes más crédito del que merecen y suspender la propia capacidad de análisis crítico. Aquí voy a presentar algunos ejemplos, y algunas ideas (más bien obvias, por otra parte), sobre cómo huir de ellos. El primer modelo se referiría a las noticias que incumplen lo que debería ser en mi opinión una norma básica del periodismo: si no lo entiendes, no lo publiques. Y no estoy hablando aquí del pobre periodista generalista que se vea obligado a publicar una noticia de ciencia, y consciente de su ignorancia trate de repetir lo más fielmente posible lo que digan las agencias para no decir disparates. O del que tiene que escribir de economía, o de otra sección especializada, sin conocer la jerga específica o los conceptos básicos. Me refiero más bien a situaciones en las que una noticia sobre un tema genérico, que en principio no es especialmente complejo, está tan mal explicada que es incomprendible... y sin embargo se difunde.

En el caso español, parece que la Dirección General de Tráfico es especialmente habilidosa para generar información oscura que acaba siendo muy mal entendida por los medios,

lo que nos les impide publicarla. Hace ya algún tiempo se lanzó un globo sonda sobre la posibilidad de prohibir a los conductores más noveles conducir por las noches, porque tenían muchos accidentes en las horas nocturnas. La explicación que publicaron muchos medios, al menos en las primeras versiones de la noticia,

era simplemente incomprendible (“el 18% de los accidentes nocturnos con víctimas mortales se producen con conductores noveles al volante, una cifra que disminuye en seis puntos respecto a los siniestros en los que intervienen conductores más expertos”).

Más recientemente fue el propio presidente del Gobierno el que dio confusísimas noticias en las que, por lo que he podido colegir, mezclaba información sobre dos proyectos relacionados, pero distintos, de la DGT. Por un lado, se quiere establecer en León en breve plazo un sistema centralizado, informatizado y automático de recoger y procesar todas las infracciones detectadas por los radares y transformarlas en multas efectivas; y por otro lado, a mucho más largo plazo, se piensa en desarrollar nuevos procedimientos de medición

  
Norma básica  
del periodismo:  
si no lo  
entiendes,  
no lo publiques.

de la velocidad, y de control del cumplimiento de la distancia de seguridad, y otras reglas del tráfico. El presidente mezcló ambas cosas y dijo que “en un plazo de ocho meses, la más avanzada tecnología vigilará el cumplimiento de la normativa de tráfico y aquellos que cometan una infracción tendrán una denuncia automática que quedará registrada en el más avanzado sistema informático”. Literalmente interpretado, esto significaría que en ocho meses estaría ya en marcha y funcionando una tecnología de la que no habíamos oído hablar hasta ahora, sobre la que tampoco había habido ninguna discusión ni decisión legislativa, y que aparentemente conseguiría detectar todas las infracciones. Estaba claro que algo fallaba, pero aún así, las declaraciones fueron recogidas por muchos medios radiofónicos y en Internet, requiriendo una posterior nota aclaratoria de la DGT. El caso plantea preguntas interesantes. ¿Se debe difundir cualquier cosa que diga el presidente del Gobierno, aunque no se entienda o parezca inverosímil? ¿Incluso cuando trata de un tema secundario y decididamente no urgente? Mi opinión es, claro, que no. Pero supongo que esto es mucho pedir en un ambiente en el que el periodismo de declaraciones ocupa tantísimo espacio.

Como apuntaba al comienzo de este artículo, otra regla de oro del periodismo debería ser que si las fuentes contradicen lo que tú puedes ver,

## El humor gráfico en España

Luis Conde Martín,  
576 páginas, 45 euros.

Una antología del humor gráfico español de los últimos dos siglos y medio.

**DE VENTA EN LA A.P.M.**



debes fiarte más bien de tus propios ojos. A veces da la impresión de que los medios olvidan que la importancia que se da tradicionalmente a *las fuentes* parte de la suposición de que el periodista no ha sido testigo directo de lo que está contando. Cuando uno ha contemplado en persona lo que narra, no necesita recurrir a *las fuentes*. Le basta con contar lo que ha visto o está viendo, sabiendo siempre, claro, que lo visto directamente puede ser sólo un retrato parcial de una realidad compleja o más amplia, y que hay que tener cuidado extremo con los sesgos conscientes o inconscientes en la selección de la parte de la realidad que uno ha decidido contemplar o con la que se ha topado.


Un ejemplo de renuncia a confiar en los propios ojos particularmente llamativo, por lo obvio, y por lo unánime, se produjo tras el fallecimiento del papa Juan Pablo II. Como recordarán, unos días después de su muerte, se instaló una capilla ardiente en la Basílica de San Pedro, y una gran multitud hizo cola para poder desfilarse ante el féretro y rendir un último homenaje al pontífice. La capilla se abrió concretamente el lunes 4 de abril, a las

ocho de la tarde, y el miércoles 6 de abril casi todos los medios españoles (todos los periódicos importantes, las televisiones, las radios) comenzaron a decir que entre el lunes y el martes (en 27 horas, pues durante la noche la capilla se cerró durante una hora) habían desfilado ya más de un millón de personas. Nadie precisó la fuente

de esta información que se atribuyó genéricamente a fuentes vaticanas, lo que contrasta con el hecho de que la página web de la propia Radio Vaticana dijera, a última hora de la tarde del martes, que habían desfilado “cientos de miles” de personas<sup>1</sup>.

Ahora bien, la televisión vaticana estaba transmitiendo constantemente por televisión, e incluso a través de su página web, las imágenes de la capilla ardiente, en las que se podía visualizar perfectamente, en tomas fijas bastante largas, a todas las personas que pasaban junto al féretro del Papa. Por lo tanto, todos

los medios de comunicación (y cualquier internauta desde su casa) podían fácilmente hacer su propia estimación de cuantas personas desfilaron cada hora (bastaba con contar las personas que pasaban durante unas



En ocasiones,  
lo que contradice  
a las fuentes no  
son los propios  
ojos, sino la  
lógica y el  
sentido común.

cuantas tomas, que solían ser de entre 15 y 30 segundos, calcular el número medio de personas por minuto, y luego multiplicar por sesenta).

Mi propia estimación fue que desfilaban como máximo unas 12.000 personas a la hora, lo que hubiera permitido pasar, en 27 horas, a unas 320.000 personas. Por lo que yo he podido averiguar, ningún medio hizo tal cálculo. En lugar de fiarse de sus propios ojos prefirieron repetir la cifra mágica del millón de personas, de la que ni siquiera había una fuente especificada. Más bien parece que hubo un efecto rebaño por el que algunos medios empezaron a citar la cifra redonda y abultada, y los demás les siguieron.

## **Lógica y sentido común**

En otras ocasiones lo que contradice a las fuentes no son los propios ojos, sino la lógica y el sentido común. Un caso trivial, pero divertido, fue el de la travesía entre Jávea e Ibiza que realizó el nadador David Meca. Se anunció que tardaría 26 horas (finalmente fueron sólo 22,5), pero también alguien dijo que daría un millón de brazadas, y muchos medios lo reprodujeron sin darse cuenta de que esto implicaba dar casi once brazadas por segundo. Un clásico de este tipo son las noticias sobre acciones policiales contra la delincuencia organizada, el contrabando de drogas, la piratería, o la corrupción. Demasiado a menudo las

fuentes (casi nunca con nombres y apellidos) facilitan a los medios cifras abultadísimas, contradictorias o fácilmente refutables, que estos reproducen sin cautela ninguna. Por ejemplo, cuando hace un año estalló finalmente el larvado escándalo de Marbella, todos los medios reprodujeron sin someter a juicio crítico la estimación policial de que el famoso señor Roca podría tener una fortuna personal de 2.400 millones de euros, lo que le colocaría entre las 10 mayores fortunas de España, por encima incluso de los presidentes de algunas de las grandes compañías constructoras del país.

Al informar de capturas de alijos de droga se han publicado a veces cifras incongruentes sobre el número de dosis o de valor de la droga en el mercado, con resultados absurdos, como que el precio de una dosis de cocaína fuera de menos de un euro. En la misma línea, en la información sobre una operación contra los discos y DVD piratas, en noviembre de 2004, aparte de sobreestimar su capacidad de producción (basándose en que todos sus reproductores estuvieran funcionando las 24 horas del día), se decía que 1,1 millones de discos causaban a los propietarios de los derechos de autor 17 millones de euros de pérdidas. Se trata de una estimación disparatada basada en dos falsedades. La primera, que en ausencia de copias piratas sus compradores hubieran adquirido el mismo número de discos, pero a un precio mucho mayor (cuan-

do lo más probable, en todo caso, es que hubieran gastado la misma cantidad de dinero, pero en muchos menos discos). La segunda, que los ingresos de los derechos de autor habrían sido unos 15,5 euros por cada disco, lo cual es evidentemente falso, teniendo en cuenta el precio medio de los discos legales, y la parte de ese precio que corresponde a los impuestos, a las tiendas de discos, y a intermediarios. No era necesaria la calculadora para darse cuenta de la evidente exageración. Pero ni un solo medio importante puso en duda las cifras policiales.

Aún peor, en la misma rueda de prensa el ministro del Interior dijo que “un kilo de discos piratas sale a los traficantes cinco veces más rentable que un kilo de hachís”. Cálculos elementales permiten ver la magnitud de la tontería (un kilo de CDs contiene unos 80 discos, que a precios de top-manta pueden generar unos 250-300 euros de ingresos; el precio en la calle de un gramo de hachís, según los propios informes de la policía para estimar el valor de las incautaciones sería de unos 4,5 euros/gramo, lo que da unos ingresos de 4.500 euros/ kilo). Y sin embargo

todos los medios reprodujeron el error del ministro, sin comentarios, anotaciones ni enmiendas.

## La ‘guerra de cifras’

Pero quizá el caso más ominoso en los últimos años de renuncia de los medios y los periodistas a contrastar

con *sus propios ojos* lo que dicen las fuentes es el de la famosa y criticada *guerra de cifras* que se produce en torno a las grandes manifestaciones. No es un problema únicamente español. Ya en los sesenta en Estados Unidos fueron muy sonoras las discrepancias sobre el número de asistentes a las grandes concentraciones contra la guerra de Vietnam, y el número mítico de un millón de asistentes ha sido utilizado a menudo como referencia u objetivo por distintos grupos que han convocado manifestaciones en el National Mall de Washington, el parque donde Martin Luther King dio su

más famoso discurso (*I have a dream*), sin que casi nunca haya acuerdo sobre si esa cifra espectacular se ha obtenido o no. También en diversos países europeos es común que haya discrepancias entre organizadores y au-

El caso más ominoso de renuncia a contrastar lo que dicen las fuentes es el de la *guerra de cifras* que se produce en torno a las grandes manifestaciones.

toridades a la hora de estimar la asistencia a las manifestaciones. Las últimas más sonadas fueron en febrero de 2003, en torno a las protestas contra la guerra de Iraq. En Londres la policía estimó que se habían manifestado 750.000 personas, mientras los organizadores hablaban de dos millones. En Roma las cifras respectivas eran 650.000 y tres millones.

En España por supuesto, el emblemático millón fue usado por el régimen de Franco para referirse a las manifestaciones de adhesión inquebrantable que ocasionalmente convocaba en la Plaza de Oriente (que mide unas 25 veces menos que el Mall de Washington, y donde apenas cabrían, muy apiñadas, unas 150.000 personas). No había en ese momento, por supuesto, prensa libre que pudiera poner en cuestión las cuentas, pero lo importante es que la cifra del millón de personas quedó también aquí instalada como umbral esperable de una manifestación masiva. Y así, cuando en la Diada de 1977 se celebró en Barcelona una gran manifestación en defensa de la autonomía para Cataluña, se habló, claro, de un millón de personas<sup>2</sup>. Y tras el 23-F se dijo que en Madrid se podría haber manifestado un millón y medio de personas<sup>3</sup>.

Al tratarse de convocatorias (más o menos) unitarias, y de gran trascendencia simbólica, los medios de comunicación no hicieron ningún esfuerzo por cuestionar la realidad de

esas cifras tan hinchadas, manteniendo así vivo el mito franquista de las manifestaciones millonarias. Mientras tanto, en los años setenta y ochenta en el País Vasco se producían manifestaciones casi semanales, y sólo ocasionalmente unitarias, por lo que los medios de comunicación sí intentaron en un principio informar sobre el número aproximado de personas que respondían a cada convocatoria. Pero las discrepancias entre las diversas fuentes se hicieron tan cotidianas que al final los medios desistieron de dar una cifra siquiera aproximativa, y pasaron a hablar, simplemente, de “miles” o “decenas de miles” de manifestantes, según la manifestación fuera pequeña o más bien grande.

También en Madrid, ya en los años ochenta, hubo alguna manifestación anti-gubernamental en la que se produjo la famosa *guerra de cifras*. Por ejemplo, en 1984 una manifestación contra la LODE reunió a 250.000 personas según el Gobierno Civil, y 1.200.000 según los organizadores. Pero en líneas generales no hubo grandes manifestaciones contra el Gobierno de Felipe González. Durante los años noventa, al contrario, volvieron a celebrarse en Madrid algunas grandes manifestaciones unitarias contra ETA, en las que de nuevo los cálculos de asistencia fueron hechos con notable laxitud y no se cuestionaron desde ningún medio de comunicación importante<sup>4</sup>.

De forma que en realidad el fenó-



meno de las grandes manifestaciones con posturas opuestas de los dos grandes partidos nacionales, es un fenómeno relativamente nuevo, que no se convierte en familiar hasta la segunda legislatura de gobierno del Partido Popular (cuando las manifestaciones del 20-J, el *Prestige*, y la guerra de Iraq, entre otras). Es entonces cuando los medios de comunicación españoles tuvieron que enfrentarse más seriamente al problema de la famosa *guerra de cifras*, ya que efectivamente las estimaciones de asistencia de los organizadores y de las autoridades empezaron a ser alarmantemente dispares (ver tabla en la página siguiente).

Como puede verse en la tabla, desde 2002 se han celebrado al menos 14 grandes manifestaciones en las que los organizadores o instituciones afines han proclamado que han asistido entre 3 y 25 veces más manifestantes que los reconocidos por la Delegación del Gobierno (Policía Nacional), con una media de 11 veces más. En términos absolutos, la discrepancia ha oscilado entre 285.000 y 1.860.000 manifestantes. La media es de 1.070.000 manifestantes 'perdidos' por las fuentes oficiales y sin embar-

go encontrados y contados por los afines.

¿Y cuál ha sido la reacción de los medios de comunicación ante esta *guerra de cifras*? Por supuesto, muchos de ellos la han comentado en tono más o menos cínico, humorístico o desesperanzado. Pero lo curioso es que, con alguna honrosa excepción, ninguno parece haberse planteado

cuál es su propia responsabilidad ante la cuestión. Como si estuvieran indefensos ante las fuentes, y su tarea se limitara a reproducir lo que dicen unos y otros, sin poder elaborar su propio juicio sobre el asunto: 'Señores lectores/espectadores/ oyentes, unos dicen que ayer hubo 150.000 manifestantes y otros que 1,5 millones. Yo se lo cuento, y allá ustedes se las compongan con esta información'.

Parece, una vez más, que olvidan que el periodismo no consiste en reproducir lo que digan las diversas fuentes, por absurdo o disparatado que sea, sino utilizar infor-

mación de múltiples fuentes para averiguar la verdad y hacérsela llegar al público. Parece que olvidan que pueden mirar a las manifestaciones con *sus propios ojos*. Esta es la cuestión clave: ¿podrían los periodis-

El periodismo no consiste en reproducir lo que digan las fuentes, sino en valerse de ellas para averiguar la verdad y hacérsela llegar al público.



## 1. Grandes manifestaciones contra el Gobierno con 'guerra de cifras', desde 2002

FECHA	LUGAR Y MOTIVO	ESTIMACIÓN DELEGACIÓN DEL GOBIERNO	ESTIMACIÓN CONVO-CANTES O AFINES*	FACTOR DE MULTIPLICACIÓN
20 jun. 2002	Madrid, huelga general	20.000	500.000	25
	Barcelona, huelga general	20.000	500.000	25
15 feb. 2003	Madrid, no a la guerra	650.000	2 millones	3,1
	Barcelona, no a la guerra	350.000	1,5 millones	4,3
23 feb. 2003	Madrid, <i>Prestige</i>	100.000	1,5 millones	15
15 mar. 2003	Madrid, no a la guerra	120.000	1 millón	8,3
5 abr. 2003	Barcelona, contra PHN	15.000	300.000	20
4 jun. 2005	Madrid, contra diálogo con ETA	240.000	850.000	3,5
18 jun. 2005	Madrid, contra matrimonio gay	166.000	1,5 millones	9
12 nov. 2005	Madrid, contra la LOE	407.000	1,5 millones	3,7
25 feb. 2006	Madrid, contra negociación con ETA	111.000	1,7 millones	15,5
25 nov. 2006	Madrid, contra negociación con ETA	130.000	1,3 millones	10
3 feb. 2007	Madrid, contra negociación con ETA	181.000	1,5 millones	8,3
10 mar. 2007	Madrid, contra política antiterrorista	342.000	2,2 millones	6,4

\* En las manifestaciones de Madrid, en algunos casos, esa organización es la Comunidad de Madrid.

tas por sus propios medios llegar a una estimación de cuántas personas hay en una manifestación? ¿No serían necesarios para ello demasiados recursos, quizá un enorme despliegue de periodistas *in situ*? ¿No daría resultados siempre discutibles y por tanto poco valiosos?

Se trata de dudas razonables, pero como se verá enseguida, salvables. Para entender esto debemos revisar brevemente cómo se mide la asistencia a una manifestación. Aunque hay otras posibilidades, el método más común y aceptado es el de estimar la superficie ocupada por la manifestación y

multiplicarla por un número de personas medio por metro cuadrado. Para lo primero hace falta determinar cuáles son los límites del gentío. En una manifestación pequeña o mediana esto es sencillo, ya que los participantes se colocan detrás del punto designado para la partida, o se van sumando a lo largo del recorrido oficial, por lo que basta casi con que una persona se coloque en la parte final de la manifestación y observe hasta dónde llega cuando la manifestación termina para poder calcular bastante precisamente la extensión máxima de la misma. En las macro-manifestaciones

esto se complica por dos razones: la gente intenta llegar al recorrido oficial en diferentes puntos, y debido a la asistencia masiva se queda atrapada en los alrededores (calles adyacentes), por lo que harían falta muchos más observadores para estimar los límites; además, debido a la larga duración, es posible que muchas personas se vayan antes del momento de máxima extensión (aunque esto también puede observarse y tenerse en cuenta al hacer los cálculos). Una vez determinados los límites, calcular la superficie del área dentro del perímetro tampoco es demasiado difícil. Algunos ayuntamientos publican, precisamente con este fin, la superficie *pisable* (excluido mobiliario urbano, jardines, fuentes y otros elementos) para las calles de la ciudad más utilizadas en manifestaciones. Si no es el caso, existen varias páginas web que permiten calcular aproximadamente la superficie de las calles de que se trate<sup>5</sup>.

La estimación de la densidad media de personas por metro cuadrado exigiría también varias personas observando la manifestación *in situ* a diferentes alturas para poder hacer una estimación global de la manifestación

al completo o por áreas. En definitiva, dependiendo del tamaño de la manifestación, podrían ser necesarios entre dos y cinco periodistas desplazados durante dos a cuatro horas al lugar de la manifestación para poder hacer una estimación propia. Parece un esfuerzo asumible para todos los grandes medios de comunicación,

que sin embargo sólo un periódico realiza con cierta regularidad<sup>6</sup>. Esto mismo es lo que vienen haciendo desde hace un par de años en el *blog El Manifestómetro* unos ciudadanos privados (exactamente cinco), que acuden a las manifestaciones más importantes convocadas en Madrid, toman fotos de sus límites externos a la hora de la lectura del comunicado, y calculan así la asistencia aproximada (o una horquilla razonable de valores posibles), dejando en evidencia a la mayoría de los perezosos medios que se abstienen de hacer tal cosa (y que paradójicamente, sin embargo, en algunos casos

han empezado a citar este *blog*)<sup>7</sup>.

Por otra parte, existe una alternativa más cara, pero mucho más precisa, que sería sobrevolar la manifestación con un helicóptero y tomar fotografías e imágenes de vídeo a todo

Para dilucidar si en una manifestación había *más bien* 300.000 personas o *más bien* 1,5 millones no es necesario ningún gran despliegue informativo adicional.

lo largo de su recorrido, lo que permite estimar con precisión su extensión a diferentes horas, incluyendo posibles 'desbordamientos' y también observar de manera bastante exacta las diferentes densidades en distintos puntos del recorrido (con imágenes de resolución adecuada incluso se pueden tomar muestras de secciones representativas y literalmente contar cuántas personas hay por metro cuadrado)<sup>8</sup>. De hecho este método es utilizado por la policía, que por razones de vigilancia y seguridad suele sobrevolar las manifestaciones más importantes, y aprovecha también para tomar imágenes para las estimaciones oficiales de asistencia. No veo razón para que esas mismas imágenes no fueran facilitadas a todos los medios de comunicación, pero si por causas que se me escapan la policía se las reserva, el alquiler de un helicóptero no parece un gasto excesivo, al menos para los grandes medios televisivos, que los utilizan a veces para cosas más triviales, como grabar imágenes aéreas vistosas de paisajes cubiertos por la nieve en los temporales. De hecho, en las manifestaciones importantes en la capital Telemadrid ya emite imágenes desde un helicóptero propio. Sólo haría falta grabar (y emitir) vídeos con un barrido meticuloso desde el comienzo al final de la manifestación, en diferentes momentos, para poder hacer una estimación muy aproximada tanto de los límites de la manifestación

como de las densidades en diferentes puntos. En un clima entre los medios más cooperativo que el actual también sería posible que el helicóptero fuera fletado por un consorcio de todos los medios importantes, que compartieran sus imágenes, o por una agencia de noticias.

Pero en realidad este despliegue de medios puede no ser ni siquiera necesario. Recordemos que en las *guerras de cifras* que hemos padecido en los últimos años la duda no se planteaba entre 200.000 y 250.000 personas, sino entre 300.000 y un millón y medio, y discrepancias similares (de media, más de un millón de personas de diferencia). Para dilucidar si en una manifestación había *más bien* 300.000 personas o *más bien* 1,5 millones no es necesario ningún gran despliegue informativo adicional. La diferencia es tan abismal que basta con la contemplación de las imágenes del conjunto de los medios, para poder estimar una zona aproximada cubierta por la manifestación. Utilizando las herramientas públicas en Internet antes citadas se puede calcular la superficie aproximada (la desviación será hacia arriba, al no excluir fuentes, mobiliario urbano...). Y finalmente si se multiplica esa superficie por una densidad de cuatro personas por metro cuadrado (imposible de mantener en todo el espacio de una gran manifestación, sólo suele darse realmente en algunas zonas muy compactas en el centro del reco-

rrido) se puede obtener una estimación generosa del número máximo de manifestantes.

Cualquier persona puede hacer esas operaciones muy sencillamente desde casa, con las imágenes obtenidas de los medios y de hecho cada vez más lo están haciendo, y publicándolo en *blogs*. Es un procedimiento de brocha gorda. Pero aún así, dadas las abismales diferencias en las estima-

ciones, suele ser suficiente para tener una idea razonable de cuál de las dos estimaciones se aproxima más a la realidad<sup>9</sup>. No hay excusa, por tanto, para cargar el mochuelo de averiguar la verdad (aproximada, claro) a los lectores. Desgraciadamente, sin embargo, nuestros medios siguen la máxima *marxista*, y prefieren dar crédito a las fuentes antes que a su propia capacidad de observación. ❖

---

1. El texto está aún disponible en su página web: <http://www.oecumene.radiovaticana.org/spa/Articulo.asp?id=32781>

2. Según la página web *Contrastant*, la cifra real estuvo seguramente más cerca de las 250.000 personas. <http://www.contrastant.net/mani/110977.htm>

3. No conozco ningún estudio para el 23-F equivalente al de *Contrastant* para la Diada. Pero una estimación rápida de la superficie del recorrido de la convocatoria me permite calcular que serían unos 140.000 metros cuadrados. Si todo su recorrido hubiera estado en algún momento completamente lleno (lo cual probablemente no sucedió), podría quizá haber albergado a 600.000 personas. Las crónicas de la época dicen que muchas calles adyacentes estaban también abarrotadas, así que quizá habría que sumar algunos más.

4. En esas marchas, la Delegación del Gobierno calculó 850.000 asistentes en 1996; millón y medio en 1997 y 1,1 millones en 2000.

5. El Ministerio de Agricultura permite hacerlo a través del sistema SigPac, que contiene fotos aéreas de toda España en las que se puede calcular la extensión de cualquier 'parcela' que puede ser una calle o conjunto de calles. Existen también páginas específicas por comunidades autónomas. Más in-

formación en <http://www.mapa.es/es/sig/pags/sigpac/intro.htm>

Por otra parte, existen otros sistemas basados en Google Maps como el Planimeter (<http://www.acme.com/planimeter/>).

6. Se trata de *El País*, que desde aproximadamente 2002 viene calculando la asistencia a las grandes manifestaciones celebradas en Madrid.

7. Véase *manifestometro.blogspot.com*. Los autores también comentan ácidamente lemas, fotos, carteles y aspectos de los manifestantes, y no disimulan sus filias y fobias. Pero ello no les impide ser bastante rigurosos en los cálculos, y desinflar las cifras hinchadas de manifestaciones de uno y otro signo.

8. Fue el método utilizado por el *San Francisco Chronicle* para estimar con precisión la cantidad de gente que asistió, en febrero de 2003, a la manifestación contra la guerra de Iraq en aquella ciudad, calculando que la multitud fue más bien de 65.000 que de 200.000 personas, como decían los promotores o incluso la policía de la ciudad. Véase <http://www.sfgate.com/cgi-bin/article.cgi?file=/c/a/2003/02/21/MN240732.DTL>

9. Mi experiencia en los últimos años es que este método tan aproximativo es suficiente para ver que casi siempre son más realistas las estimaciones de las autoridades que las de los convocantes.